

Enrique Servín, una *rara avis*

Thelma García*

*Empiezo con una antigua verdad:
La muerte verdadera, es decir, la
muerte sin fin, es el olvido.*

Enrique Servín



a muerte de cualquier hombre me disminuye, dice un verso de John Donne, y este verso queda justo para quienes tuvimos la fortuna de conocer y aprender de Enrique Servín

de una forma cercana; queda, además, muy preciso para nuestro estado y para el país entero.

Políglota, promotor de las lenguas indígenas, recitador, poeta y hombre comprometido, Servín deja un sentido de orfandad en la ciudad de Chihuahua, donde con frecuencia lo veía caminar por las calles viejas y melancólicas del centro histórico. A dife-

Fecha de recepción:
2020-07-30
Fecha de aceptación:
2020-08-11



* Profesora de Tiempo Completo en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.



rencia de intelectuales medianos que se muestran inaccesibles al individuo común, Enrique era siempre afectivo, risueño, abierto y compartido. Tenía la virtud de apasionarlo e involucrarlo en la poesía y tratarlo como un igual. Esa es una de las razones por las que en Chihuahua se le llora inconsolablemente a un año de su partida. Otras de sus virtudes, sin lugar a duda, son su inteligencia multilingüe y su talento, las cuales difícilmente van a poder ser igualadas en muchos años. Era una *rara avis*.

Conocí a Enrique Servín en 1990, en un recital de poesía junto a Arturo Rico Bovio y Micaela Solís, en el Teatro de Cámara Fernando Saavedra de la ciudad de Chihuahua. Hubo dos cosas que noté de él en ese primer encuentro y que permanecieron hasta la última vez que lo vi: una inmensa sencillez y un halo juvenil que nunca lo dejó. Al poco tiempo, me enteré de que tenía un taller de creación literaria, al cual me incorporé. Sesionábamos en el ya desaparecido café Mink, ubicado sobre la calle Bolívar, muy cerca de donde vivió sus últimos años. Durante mucho tiempo, tuve la fortuna de estar en sus talleres y, como pocas personas en los años 90, escuchar poesía rusa, inglesa, francesa, italiana, portuguesa y otras tantas, pudiendo apreciar la rima y la armonía en el idioma original. En ese sentido, Enrique nos dio una formación de élite a personas clasemedieras, quienes difícilmente podríamos haber conseguido siquiera los textos en el idioma original, mucho menos conocer

a alguien que hablara estos idiomas, interpretara las visiones y nos ofreciera poesía de lugares y tiempos remotos. Era una persona paciente, tolerante y amigable, nunca vi un desplante o un aire de superioridad sobre alguien.

Enrique Servín era abogado de profesión. Alguna vez, en una entrevista, me confesó que había estudiado abogacía porque en aquel tiempo no había la carrera de Lingüística en Chihuahua, y veía en el Derecho un *modus vivendi*, sin embargo, nunca ejerció la profesión y, paradójicamente, vivió de “actividades que tienen que ver con la palabra y la poesía”. Desde muy joven, se dedicó a la literatura, animado por su abuela materna y su hermana mayor, “que eran amantes de la poesía, eran recitadoras. Conocían de memoria poemas de López Velarde, de José Juan Tablada, de Amado Nervo”. Fue en ese entorno donde también inició su fascinación por las lenguas, siendo niño aún, con sus vecinos italianos, de quienes aprendió la lengua de forma natural. Posteriormente, motivado por su madre, comenzó con el estudio del francés y, de ahí, continuó con el ruso, polaco, árabe, persa y otros más.

Él decía que había estudiado entre 30 y 34 lenguas, pero siempre aclaró que no las dominaba como él quería, incluso, hubo algunas, como el georgiano, que, según sus palabras, lo derrotaron. ¿Cuántos idiomas hablaba y escribía de forma fluida? No lo sé con certeza, pero de primera mano, lo escuché hablar al menos siete idiomas además del español, en conversacio-

nes con personas cuya lengua materna era distinta a la suya. Por ejemplo, en alguna ocasión lo vi en la Quinta Gameros traducir al español la lectura de dos escritores simultáneamente, uno griego y otro francés, e interactuar con ellos y con la audiencia, con una virtuosa fluidez en los tres idiomas.

En agosto de 2012 invité a mi querido Enrique Servín a que dirigiera el taller de Creación Literaria del ITESM Campus Chihuahua. Fue muy grato para mí que después de veinte años y después del desarrollo tecnológico, siguiera fascinando a los jóvenes como lo hizo con muchos en los noventa. En esa ocasión, había algunos estudiantes de Indonesia, a quienes dejó pasmados cuando empezó a hablar bahasa, pero la sorpresa de uno de ellos fue mayor cuando, además, empezó a hablar ¡el dialecto de su padre, el cual él mismo no dominaba!

También pude ver que el tiempo y los horrores que vivió nuestro país no amargaron la visión que él tenía del futuro. Nunca les temió a los avances tecnológicos, por el contrario, los recibía con buena expectativa, en cambio, sí temía:

Al egoísmo, el ansia de dominio político y la obtención de lo material [...]. Un egoísmo muy primitivo y muy elemental, porque se basa únicamente en lo externo y en lo material, esos son los verdaderos enemigos, no las tecnologías.


Me da miedo la obsesión con la materia y el yo, esa ebriedad del dinero en la que se mueve nuestra sociedad y que está

destruyendo el planeta y que está cancelándonos nada menos que el futuro no solo de los seres humanos, sino de todas las demás especies que viven en el planeta. Esos son los verdaderos enemigos.¹

Nunca se cegó ante la deshumanización que nos carcome: “Todo se está volviendo el imperio del dinero, el objetivo es tener, lograr lo material, el poder y esto ha generado la proliferación de un ser humano vulgar, que se ha convertido en el dueño del mundo”.

La última vez que vi a Enrique fue un sábado por la tarde en el centro de Chihuahua, siempre tan afable y cordial, tan juvenil y sonriente, así es como se queda en mi memoria.

La labor de Enrique Servín no se circunscribió a la adquisición de múltiples lenguas o de un conocimiento enciclopédico, sino que, como el apasionado promotor de las letras que era, cultivó a la comunidad chihuahuense, defendió y se comprometió con los tarahumaras y las lenguas indígenas, dentro y fuera de México. La comunidad a cambio le guarda un enorme respeto y orgullo.

Con la muerte de Enrique Servín, como con la de tantas víctimas en este violento siglo, queda la sensación de vivir en una sociedad cuyo macabro culto a la muerte la vuelve antropófaga, al igual que Cronos devora a sus hijos, sin embargo, tal como decía Enrique, está en nosotros remediar la tristeza contribuyendo en manera de lo posible a mejorar este mundo. 

¹ Thelma García, “Conversando con Enrique Servín”, en *Revista de la Biblioteca*, Año III, núm. 20 (2012), pp.16-23.